

Presidente Gutenberg Martínez Ocamica

11 de marzo de 1998

En verdad, pudimos desarrollar un trabajo en conjunto, de unidad y en términos corporativos, que, modestamente, creo que le hizo bien a la Corporación.

Tuve la tentación de hacer un discurso quizás más ligado a la contingencia, pero optaré por el que primero preparé.

Hace aproximadamente un año y medio, cuando asumí por primera vez la Presidencia de la Corporación, compartí con ustedes algunos de nuestros sentimientos y preocupaciones más centrales en torno a nuestra realidad como parlamentarios.

Conversábamos, entonces, acerca del profundo cuestionamiento de la sociedad chilena a la política y, como consecuencia de lo mismo, la falta de valoración a su labor. Nuestra invitación fue a asumir este cuestionamiento y a trabajar por revertirlo, movidos por la firme convicción de la vigencia de la política y de su nobleza como actividad de servicio público.

Siento que corporativamente aceptamos ese reto. Iniciamos un serio proceso de reflexión para acercarnos a la comprensión del fenómeno que experimentaba la Cámara y la actividad política en general. Como consecuencia del mismo, tomamos un conjunto de decisiones en mediano y corto plazo para enfrentar nuestro común diagnóstico, que se ha traducido hasta el momento en medidas concretas de mejoramiento a nivel legislativo, de fiscalización, de funcionamiento de la Cámara, de relación con la ciudadanía y de administración de la Corporación.

En la cuenta que se les entregará se podrán apreciar de manera más detallada los avances en cada una de estas tareas.

Estos logros han implicado un gran esfuerzo de parte de todos nosotros. Para enfrentarlos y llevarlos a cabo, muchas veces debimos abandonar nuestras concepciones tradicionales del hacer político para abrir paso a la creatividad, a la innovación y al cambio.

Hemos descubierto conceptos que antes no cabían en nuestro accionar. Creo honestamente que hemos avanzado en el ejercicio de la autocrítica, en la reflexión desde dentro de nuestras fortalezas y debilidades y en el trabajo en equipo con un sentido corporativo.

También hemos vivido procesos inéditos desde un punto de vista institucional: la planificación estratégica, la identificación realista de nuestras dificultades, el acercamiento a un diagnóstico propio y participativo de nuestra realidad y el mejoramiento continuo. Cada una de las reformas al reglamento interno de la Cámara, descritas en la cuenta, es reflejo de nuestra decidida tendencia al perfeccionamiento de nuestro trabajo.

Por eso, creo que podemos sentir un merecido estado de satisfacción por los avances logrados. Ciertamente, muchos de ellos son parte de objetivos a mediano y largo plazo que no podemos dar por cumplidos a cabalidad. Han sido el primer paso de un proceso de modernización en el que aún falta mucho por recorrer. De ahí que juzgo que esta Mesa tendrá un elemento importante de continuidad. Queremos seguir avanzando en lo que hemos hecho y corregir aquello que no ha sido perfecto.

En tal sentido, no podemos descuidar la relación que hemos establecido con la juventud

del país. La experiencia del parlamento juvenil nos demostró que tenemos mucho que aprender de los jóvenes. Hemos iniciado con ellos un camino de reflexión que esperamos poder continuar y hemos adquirido compromisos en los que no podemos fallar.

Asimismo, no podemos dejar de avanzar en la redefinición de nuestra relación con la ciudadanía. Muchos de nuestros esfuerzos y reformas han sido generados para cumplir con dicho fin. Ya lo decíamos entonces. Vivimos en un mundo en donde la imagen revoluciona las conciencias y en que su importancia es vital para la confianza ciudadana.

Hemos intentado asumir las exigencias de la relación entre la cultura mediática moderna y el ejercicio de la política. Por lo mismo, hemos querido dotar de mayor transparencia nuestro trabajo; hicimos grandes esfuerzos en el área de la imagen corporativa y la educación cívica, a través de microprogramas radiales, la extensión de nuestra señal del cable, la diversificación de su programación, la nueva Oficina de atención ciudadana y las jornadas temáticas, que, entre otras medidas, buscan establecer y mejorar nuestra relación con la ciudadanía.

Estamos orgullosos por lo hecho, pero no por eso menos atentos a los nuevos desafíos.

Esta Cámara estará en funciones cuando, en dos años más, el mundo entero reciba un nuevo siglo.

Esto, para mí, es tremendamente significativo y es mucho más que un mero hecho anecdótico o retórico. A nuestro juicio, la entrada al siglo XXI acarrea connotaciones para nuestra gestión como parlamentarios que debemos ser capaces de dimensionar. Así como los técnicos han debido durante estos años buscar elementos de solución para los problemas que el nuevo siglo generará en la informática, nosotros debemos ser capaces de identificar qué significa para el país y para la Cámara llegar al 2000.

En primer lugar, tenemos desafíos internos como Corporación. Así como desplegamos esfuerzos para redefinir nuestra relación con la ciudadanía, creo que ha llegado el momento de redefinir la relación entre nosotros mismos, en la interacción como políticos y parlamentarios.

Desde el retorno de la democracia, hemos privilegiado el consenso, tanto por una revalorización de la política de los acuerdos como por una necesidad política objetiva. Paulatinamente, nos hemos ido uniendo en torno a la revalorización de la democracia como sistema político, el respeto a los derechos humanos, la recuperación de valores como la tolerancia, el pluralismo y el diálogo; el reconocimiento de la validez del mercado, el rol de los privados, la importancia de los equilibrios macroeconómicos, el examen autocrítico del Estado tradicional; la obligación política de ser eficientes, el abandono de posturas absolutistas y el reconocimiento del modelo de gobierno de mayoría como condición necesaria de la democracia.

Ha sido bueno y necesario para el país, pero siento que a veces lo hemos elevado al nivel de una especie de condición necesaria. Valoro profundamente el consenso. Soy un hombre de consenso, sobre todo cuando él se produce en torno a las grandes líneas de nuestra democracia, pero, a su vez, creo que el consenso no puede implicar una especie de "anestesia de la discusión" o el "embotamiento de la sensibilidad". Los grandes acuerdos son aquellos que nacen del reconocimiento y la mantención de la diversidad. Por lo tanto, en lo que podríamos caracterizar como una segunda etapa de nuestro proceso político, debemos tener una disposición más normalmente democrática, en la cual, junto al consenso, no debe temerse a la divergencia.

Me parece que esta Cámara debe recuperar el valor de la discrepancia, la riqueza del contraste de visiones y del intercambio de realidades. En otras palabras, recuperar su condición natural de espacio de debate, haciendo así, también, una verdadera pedagogía democrática hacia nuestra sociedad.

En un mundo caracterizado por la rapidez de los cambios, las exigencias de la política concreta son cada vez mayores y nuestro afán como políticos ha sido tratar de dimensionarlas y responder a ellas efectivamente.

En este afán, tal vez, hemos olvidado la política que a algunos les parece abstracta, la de la reflexión, la del intercambio, la del debate y del diálogo, la de convencernos mutuamente, quizás, la más importante, la que genera las grandes concepciones, la política en la que muchos crecimos y nos formamos.

Nuestra intención es que los grandes temas, que a veces parece que no se discuten ni se deciden aquí, se traigan a la Cámara. El esfuerzo de cada día está en la respuesta a lo cotidiano y no en la concepción de lo global. Ese espíritu, que es importante, creemos que debe estar revestido de un marco de lo global. El discurso del desencanto a veces parece habernos alcanzado y, sin darnos cuenta, nos hemos alejado de aquello que antaño constituía para todos -estoy seguro- nuestra mayor pasión.

No creo -lo digo con franqueza- en la trivialización de la política y rechazo esa pretendida "nueva trinidad" que consulta información, primero, comunicación, segundo, y técnica después.

Hoy, con la misma franqueza de la vez pasada, invito a repolitizar esta Cámara, a convertirla en el centro de las grandes líneas, en el lugar en que se generen las nuevas concepciones, y en las cuales todas las veces que sea necesario en la diversidad, seamos capaces de construir una verdadera unidad entre nosotros.

Muchas veces -lo pienso de verdad-, la apatía ciudadana se produce por los consensos mal entendidos, que desperfilan, no solucionan y adormecen la participación y la toma de posición. Que la gente vea que aquí se producen las ideas, que aquí se discute, que aquí se juegan las visiones con prudencia, con toda la prudencia, pero también con pasión y, sobre todo, con sentido de futuro.

Adicionalmente, creo que tenemos un compromiso con el país, que acarrea un sentido más que estratégico, mucho más profundo: el de llevar a cabo la instalación de una nueva manera de vivir en la sociedad. Suena pretensioso, pero quisiera que, con toda dignidad, fuéramos un poco más pretensiosos y fijáramos nosotros nuestras agendas; que el Parlamento fuera capaz de fijar sus propias agendas, de discutir las, de dirimir las, de acordarlas consensualmente cuando corresponda.

Chile muestra índices preocupantes: somos un país con alto porcentaje de suicidios; en los últimos años, ha aumentado considerablemente el consumo de drogas; han emergido enfermedades sociales, que masivamente afectan la salud mental de la población; los índices de consumismo y endeudamiento alcanzan niveles nunca antes vistos; el país parece marcado por cierto individualismo, la apatía, el conformismo, la desideologización y la exigencia a la política de resultados concretos en la vida cotidiana, realidad en la que los partidos parecen haberse orientados sólo o principalmente a la administración o al poder.

En la perspectiva de una sociedad más justa y humana, esta situación no puede ser mirada como un efecto inevitable del crecimiento. Sin duda, queremos un país competitivo, emprendedor y pujante, que crece y se desarrolla; pero deberemos ser capaces de

identificar los métodos para mantener nuestra identidad de país preocupado por su gente, por un desarrollo más solidario, por un desarrollo que no sea sólo la suma de los proyectos individuales.

Estimados colegas, permítanme una referencia de contingencia.

Quizás, cuando preparamos estas líneas no sabíamos a ciencia cierta de qué modo un fenómeno paralelo podía incidir en nuestra repolitización.

Valoro con fuerza lo que hemos hecho en los ocho años en el país y en la Cámara. Valoro con fuerza cómo partimos y construimos consenso. Creo que la Cámara tiene que ser capaz de hacer democráticamente toda discusión y de emitir todos los juicios y todas las opiniones políticas que las circunstancias contingentes nos merezcan. Con franqueza, creo que no hay que rehuirlos.

Pero, también con franqueza, no porque queramos volver atrás ni para generar frustraciones entre nosotros, sino para intentar ser cada uno en lo que le corresponde o colectivamente en lo que nos corresponde dentro de la obligación de un poder del Estado, debemos cumplir el papel de conductores de la sociedad.

A eso invito con toda amistad cívica a la Cámara y a cada diputado, para que se sienta parte de esa conducción colectiva. Debatamos corporativamente los temas, los acuerdos, las diferencias, las veces que sean necesarias, pero sabiendo que el fin de ello es construir un futuro.

Siento que, colectivamente, hemos construido una transición. Siento que estamos llegando al fin de esa transición. Siento que esa transición no tiene dueño. Los dueños somos todos; los responsables somos todos y creo que todos, en nuestras diferencias, con seguridad, seremos capaces de conducir al país hacia un mejor futuro: más democrático, más cívico; en definitiva, más igualitario para todos.

A nombre de la nueva Mesa, muchas gracias por vuestra comprensión, por vuestro respaldo en los votos, por vuestro respaldo en las diferencias cívicas, seguros de poder trabajar juntos.

Muchas gracias.